

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

El cristiano y el mundo

Josafat, hijo de Asa, tenía 35 años cuando se sentó en el trono de Judá. Los momentos de fidelidad y celo de su padre habían sido un gran ejemplo para él; y de sus debilidades sin duda había recibido enseñanza.

El estado del pueblo era deplorable tanto desde el punto de vista religioso como moral (1 Reyes 22:43, 46). El gran enemigo del reino de Judá era el pueblo de Israel, esas diez tribus a las cuales tantas liberaciones pasadas y promesas los unían. Josafat “se hizo fuerte contra Israel”; “se animó su corazón en los caminos de Jehová”; “anduvo en sus mandamientos” (2 Crónicas 17:1, 6, 4); depuró el país (1 Reyes 22:46); envió hombres calificados para enseñar en las ciudades de Judá: “enseñaron en Judá, teniendo consigo el libro de la ley de Jehová” (2 Crónicas 17:9). Judá reunió así alrededor de su fiel rey “hombres de guerra muy valientes” (v. 13). “Iba, pues, Josafat engrandeciéndose mucho” (v. 12).

Pero la fidelidad de un creyente aviva la malicia del adversario. Éste asecha a su presa. Espera el momento oportuno y luego, solapadamente, ataca. Josafat “tuvo riquezas y gloria en abundancia” (v. 5; 18:1). Éstas, ¿no le fueron dadas por Dios como recompensa a su fidelidad? Es posible, pero él tenía la responsabilidad de utilizarlas con sabiduría. El mal no está en ser rico, sino en no saber administrar según Dios los bienes que él nos ha confiado. Josafat cometió un grave error: “contrajo parentesco con

Acab” (18:1). Él mismo no se casó con una hija de Acab, pero permitió que su hijo Joram tomara una hija de éste por mujer. Como su suegro, Joram “hizo lo malo ante los ojos de Jehová” (21:6). Las consecuencias del paso en falso de Josafat aparecieron solamente “después de algunos años”. Acab lo invitó, le hizo un festín y lo persuadió para que se aliara con él en la guerra contra Ramot de Galaad. El rey de Judá dio esta sorprendente respuesta: “Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo” (18:3). Tiempo atrás, David había aceptado Siclag de las manos de Aquis rey de los filisteos, y ¡cosa inaudita!, más tarde lo vemos a él, el rey ungido sobre Israel, unido a los filisteos para combatir contra el pueblo de Dios (1 Samuel 27 y 28:1-2). El mundo nunca dará nada a un hijo de Dios sin pedirle mucho a cambio. Si nos unimos al mundo en sus propósitos, nos veremos envueltos en sus luchas contrarias a la voluntad del Señor.

El pecado de un hombre fiel no lo afecta sólo a él. Josafat cometió una falta al consentir la decisión de su hijo –tomar como esposa a una mujer impía–, haciendo así alianza con el malvado rey de Israel, y todo el pueblo llevaría con él los frutos de su pecado.

Ciertamente Josafat tuvo una lucha interior cuando cedió a la solicitud de Acab, porque “dijo Josafat al rey de Israel: Te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová” (2 Crónicas 18:4). Pero ¿para qué pedir la dirección de Dios cuando las decisiones ya han sido tomadas? Josafat no escuchó a Micaías. Y para completar su confusión, vio a Sedequías golpear al profeta fiel, y escuchó al mismo Acab dar la orden de encarcelarlo (v. 26). Mas Josafat guardó silencio ante esto. ¡Cuán difícil es volverse de un camino errado!

Los dos reyes partieron a la guerra. Siguiendo el consejo de Acab, quien se disfrazó para no ser reconocido, Josafat

imprudentemente conservó sus vestidos reales (18:29). Fue necesaria la infinita gracia de Dios para responder al grito desesperado del rey de Judá rodeado por el enemigo: “Josafat clamó, y Jehová lo ayudó, y los apartó Dios de él” (v. 31).

Pero el gran responsable cayó bajo el juicio de Dios: “Mas disparando uno el arco a la ventura, hirió al rey de Israel entre las junturas y el coselete”. Cuando Dios juzga y condena, nadie puede escapársele. “Y murió al ponerse el sol” (v. 33-34). El día de gracia había terminado para él.

La gracia no excluye a la justicia. En el día de la angustia, Josafat fue librado de una manera maravillosa, pero Dios debía ejercer su gobierno debido a su infidelidad. Dos serias preguntas le fueron hechas: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” (19:2). Humillado bajo la mano de Dios, Josafat recibió la reprensión e hizo volver al pueblo hacia el Señor. Estableció jueces y los exhortó; lo hizo como alguien que pasó por amargas experiencias pero que ha retenido sus enseñanzas: “Sea, pues, con vosotros el temor de Jehová; mirad lo que hacéis... Procederéis asimismo con temor de Jehová, con verdad, y con corazón íntegro” (v. 7 y 9).

Pasadas estas cosas, cuando una gran multitud vino contra él para hacerle la guerra, Josafat buscó a Dios y proclamó un ayuno (cap. 20). “Y todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños y sus mujeres” (v. 4 y 13). El rey se puso en pie, en la casa del Señor, y expuso su oración. Recordó a Dios su bondad, sus liberaciones, sus promesas. La respuesta no se hizo esperar: “No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra... estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros” (v. 15, 17). ¿Qué hicieron entonces los hombres de Judá? Sin temor, entonaron un canto

de triunfo y alabanza, el cántico de la fe. En seguida Dios dispersó a sus enemigos y dio paz al pueblo, la paz de la fe (v. 30).

Nos gustaría que aquí se terminara la historia de Josafat. Sin embargo, a pesar de las serias advertencias que Dios le había hecho, Josafat nuevamente “trabó amistad con Ocozías rey de Israel, el cual era dado a la impiedad” (v. 35). “Hizo con él compañía” en una empresa comercial. ¿Tenía necesidad de más riquezas? ¿No le eran suficientes las que Dios le había dado en los días de su fidelidad? ¿Por qué volver a un camino que Dios no aprobaba y de donde sólo la gracia divina lo había sacado? Si la debilidad de este siervo nos humilla, porque es con frecuencia la nuestra, la gracia infinita de Dios nos conmueve. Dios hubiera tenido mil razones para castigar con un juicio severo a aquel que no tuvo en cuenta las advertencias recibidas. La gracia de Dios lo perdonó, pero sus obras fueron destruidas y las naves de la expedición rotas (v. 37). “¿Quién como Jehová nuestro Dios?” (Salmo 113:5).

E. Ad.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).